MORELOS

MERECIA un elogio exaltado y ardiente como el de José Enrique Rodó a Simón Bolívar. Morelos perteneció a la estirpe de este patricio, hombres completos, maestros de pensamiento y de energía, ejemplares superiores de nuestra raza, que escribieron las páginas más luminosas de la historia de América y dejaron a la posteridad el plasma de las patrias nuevas.

Lo mismo que Bolívar, Morelos fué un astro de la Guerra. Dentro de las modernas ideas de estrategia, sorprenden y deslumbran sus movilizaciones increíbles. Bolívar, cabalgando su brioso pegaso, trasponiendo los Andes, acercándose a las orillas de ríos como mares, acompañado del estruendo de las cataratas, no aventajó las hazañas de Morelos recorriendo las regiones más abruptas y bravías de nuestro territorio, realizando prodigios y venciendo imposibles, con una celeridad comparable únicamente a la de su gran contemporáneo. ¡Quién trazara la trayectoria radiosa de su pensamiento e hiciera el relato vivo de sus peregrinaciones: recorridos fabulosos desde tierras de Valladolid a los mares de Acapulco, desde las sierras de Puebla hasta el Valle de Oaxaca, arrebatando con el fuego de su palabra, atrayendo prosélitos con el lustre de las victorias, despertando conciencias dormidas con su fe en el porvenir de la Patria libre y con su amor al pueblo oprimido del Sur, desde cuyas entrañas él mismo había descollado como un producto superior y una promesa risueña que lo emancipara de la esclavitud y de la ignominia!

Ha llegado hasta nosotros con un aliento épico, sobrehumano, la figura del gran guerrero; guerrero que despertó el orgullo

primerizo del colegial, abrió la fantasía aventurera de los primeros años y confortó el incipiente patriotismo del romántico, que quiere apoyarse en columnas gigantescas para robustecer el amor a la Patria y la devoción por sus héroes.

Ahora no vamos a destacar la figura guerrera, magnífica y deslumbrante; queremos insistir en el aspecto del revolucionario en el orden social, fundador de nuestras instituciones, de donde surge como el representativo de la Independencia y de la Soberanía, como el Padre de la República y de la primera Constitución autónoma de México.

Para alcanzar su grandeza, confesamos sin reservas que nos faltan el aliento y la capacidad. Por eso recurriremos a él mismo como a la mejor ayuda, ya que del conocimiento directo de sus propias palabras, de sus intenciones y de sus ideas, habrá de surgir más fuerte, elocuente y definitiva su figura; que de cualquier intento que nosotros quisiéramos realizar para abarcar todas las facetas cambiantes de aquel que, entre todos los grandes hombres que han vivido y muerto para su país, sigue siendo la figura que se impone con mayor fuerza y nos merece más acendrada admiración.

HIDALGO Y MORELOS ESTAN EN EL CORAZON DEL PUEBLO

Con aquella soberana intuición que caracteriza a las multitudes, el pueblo mexicano ha recogido los nombres de Hidalgo y de Morelos, con una santa devoción que conmueve hasta las raíces de su ser. No es labor ni de sabios, ni de historiadores, ni de conferencistas: es la comunión inmediata con los que han sido carne y sangre de su propia carne y de su propia sangre; de los que, por encima de todo, han vivido en una combustión generosa para procurar su mejoramiento y su redención. Es el culto conservado de generación en generación por todos los ámbitos del país, como en leyenda verbal. Como un aliento bendito se ha recalentado en su desnudez y envuelto en su desamparo, con las palabras de esperanza que dieron a los hombres humildes y espoliados.

Así como los eruditos de las clases conservadoras se han empeñado estérilmente en hacer penetrar en el alma colectiva el culto de guerreros o gobernantes de este país, envueltos en la

clámide del éxito y acariciados por la fama, y no lo han conseguido, porque el pueblo descubre por sí mismo a sus hombres, Morelos e Hidalgo, aunque faltaran los panegiristas y los historiadores, vivirían por virtud propia en el corazón de los mexicanos, porque tendieron la mano a los parias, ofreciéndoles la perspectiva de un porvenir, si no de felicidad al menos de justicia y de amor.

La trayectoria del Padre Hidalgo fué tan fugaz, que apenas contamos con algunos elementos dispersos para saber su pensamiento y sus intenciones; el hecho sólo de abolir la esclavitud y de hacer que se divulgara en la Provincia de Valladolid, y cristalizara en decretos formales del Gobierno de Guadalajara esa medida, basta para considerarlo como el primero que vió, desde la cuna del movimiento, cuáles eran los verdaderos problemas de su Patria; y si no llegó a coronar su obra y vió ocultarse rápidamente el sol de la fortuna, dejó un sucesor digno de él, como fué don José María Morelos.

Tenemos derecho a creer que de la breve conferencia entre estos dos hombres superiores, celebrada en el pueblo de Indaparapeo, del Estado de Michoacán, quedó una simiente fecunda en la conciencia de Morelos, que determinó su sublime vocación.

Morelos no olvidó por un momento, el culto y la veneración para Hidalgo y los primeros insurgentes; la impresión que de ellos recibiera, debe haber sido enérgica y definitiva.

ASPECTOS CONTRADICTORIOS DE LA INSURRECCION

Dos acontecimientos en la historia de España, la invasión napoleónica y la promulgación de la Constitución de 1812, fueron singularmente fecundos para determinar hechos trascendentales en nuestro país. Nosotros creemos que los caudillos de la Insurrección de 1810 tenían ideas y programas muy bien definidos; pero que las dificultades del medio, la escasez de recursos y la urgencia de no desconcertar con un sacudimiento brusco a las masas, los hicieron proceder con cautela y habilidad, para conquistar la confianza entre todos aquellos hombres que habían de secundarlos. Este pensamiento lo encontramos ampliamente demostrado en la marcha ascendente que tuvieron las ideas republicanas de Morelos, que fué el encargado de cristalizar las as-

piraciones primitivas, más o menos embrionarias de Hidalgo y sus compañeros.

La invasión napoleónica en España, el destierro de los reyes y la prisión de Fernando VII, fueron a nuestro juicio un pretexto para recoger los anhelos inconfesados de autonomía y dar los primeros pasos en ese sentido, como ocurriera en tiempo de Iturrigaray en los motines y asonadas desarrollados en la Capital de la República.

La veneración al monarca español, cultivada durante tres siglos en la conciencia indígena, era un magnífico pretexto para soliviantarla y obtener una aparición de rebeldía, aunque fuese indirectamente, en todas las clases oprimidas.

Siguiendo ese mismo plan, encontramos en la primera época de Morelos, en el Decreto creando la Provincia de Tecpan, de 13 de octubre de 1811, ideas conciliadoras y hasta alusiones concretas acerca de la soberanía de Fernando VII, deseos manifiestos de no fomentar las guerras de castas y generosas manifestaciones de respeto y gratitud para los blancos que tomaron las armas por la Independencia, evidenciando de este modo, ante los ojos de las razas esclavizadas del Sur, el hecho de que podían tener amigos y favorecedores entre españoles y criollos que llegaran a preocuparse por su bienestar y emancipación.

En esa época, aconseja formalmente que no se tenga el odio al rico, ni se hurte lo ajeno, e insiste ya en la igualdad de los mexicanos sin distinción de razas, secundando los decretos de abolición de la esclavitud circulados por el Padre Hidalgo.

El campo en que operaba Morelos, era el más propicio para la rebelión. Las mayores infamias de la esclavitud, del tráfico de sangre y de la explotación humana, se habían desarrollado en las regiones que le habían sido destinadas para revolucionar.

Los actuales Estados de Morelos, Guerrero, Puebla, Oaxaca y Veracruz, habían sido el teatro de infamias sin cuento; en las plantaciones de caña y de tabaco, en los ingenios de azúcar y en las minas, flotaba en el ambiente un odio secular al capataz y al encomendero, que había de estallar en una forma arrebatada y destructora a la primera invitación a la rebeldía.

Parece que Morelos creyó en un triunfo rápido del movimiento de Independencia; pensó que Hidalgo podía ocupar México y establecer un nuevo gobierno en poco tiempo; y por eso su

plan primitivo fué de concordia y conciliación, a fin de producir menores daños y una vez constituídos en jefes de la Nación, realizar las reformas desde arriba, con la autoridad suficiente que garantizara la mejoría de las clases inferiores.

Como la guerra hubo de prolongarse y sus esperanzas se vieron fallidas, cambió de táctica y de procedimientos, cuando se dió cuenta de que era una guerra larga entre las clases privilegiadas y las clases oprimidas.

LA ELIMINACION DE FERNANDO VII

En 1812, al escribir desde Tehuacán el General Morelos algunos comentarios acerca de los elementos constitucionales compuestos por don Ignacio Rayón, dice, con aquella concisión característica en él, al referirse a la cláusula quinta, en la que Rayón declara que la soberanía dimana del pueblo y reside en la persona del señor don Fernando VII, que "la proposición del señor don Fernando VII es hipotética," lo cual demuestra que Morelos se había resuelto a no consecuentar más con el giro de defensa para los intereses de los Borbones que se le dió aparentemente a la primitiva insurrección, y meditaba ya formalmente en la emancipación y el establecimiento de un gobierno propio, con las facultades que más tarde expresó, para que se implantara el sistema más adecuado al pensamiento y al sentir de la Nación.

DECRETOS Y MANIFIESTOS DEL GENERALISIMO

La capacidad de Morelos como conductor de hombres y como Primer Jefe de un movimiento revolucionario, se nos impone con la lectura de las circulares, decretos y manifiestos que, con tal carácter, expidiera en distintas épocas de su actuación. Con la experiencia propia y el conocimiento directo del medio y las condiciones en que operaba, en cada ocasión en que se dirigía al pueblo o a sus generales, concretaba aspectos de su programa, que articulados entre sí, pueden formar un verdadero sistema político y una doctrina congruente. Documentos vigorosos, más elocuentes mientras más sencillos, trazados con una mano tan firme en el manejo de la espada como en el de la pluma. Desarrollaba a grandes ras-

piraciones primitivas, más o menos embrionarias de Hidalgo y sus compañeros.

La invasión napoleónica en España, el destierro de los reyes y la prisión de Fernando VII, fueron a nuestro juicio un pretexto para recoger los anhelos inconfesados de autonomía y dar los primeros pasos en ese sentido, como ocurriera en tiempo de Iturrigaray en los motines y asonadas desarrollados en la Capital de la República.

La veneración al monarca español, cultivada durante tres siglos en la conciencia indígena, era un magnífico pretexto para soliviantarla y obtener una aparición de rebeldía, aunque fuese indirectamente, en todas las clases oprimidas.

Siguiendo ese mismo plan, encontramos en la primera época de Morelos, en el Decreto creando la Provincia de Tecpan, de 13 de octubre de 1811, ideas conciliadoras y hasta alusiones concretas acerca de la soberanía de Fernando VII, deseos manifiestos de no fomentar las guerras de castas y generosas manifestaciones de respeto y gratitud para los blancos que tomaron las armas por la Independencia, evidenciando de este modo, ante los ojos de las razas esclavizadas del Sur, el hecho de que podían tener amigos y favorecedores entre españoles y criollos que llegaran a preocuparse por su bienestar y emancipación.

En esa época, aconseja formalmente que no se tenga el odio al rico, ni se hurte lo ajeno, e insiste ya en la igualdad de los mexicanos sin distinción de razas, secundando los decretos de abolición de la esclavitud circulados por el Padre Hidalgo.

El campo en que operaba Morelos, era el más propicio para la rebelión. Las mayores infamias de la esclavitud, del tráfico de sangre y de la explotación humana, se habían desarrollado en las regiones que le habían sido destinadas para revolucionar.

Los actuales Estados de Morelos, Guerrero, Puebla, Oaxaca y Veracruz, habían sido el teatro de infamias sin cuento; en las plantaciones de caña y de tabaco, en los ingenios de azúcar y en las minas, flotaba en el ambiente un odio secular al capataz y al encomendero, que había de estallar en una forma arrebatada y destructora a la primera invitación a la rebeldía.

Parece que Morelos creyó en un triunfo rápido del movimiento de Independencia; pensó que Hidalgo podía ocupar México y establecer un nuevo gobierno en poco tiempo; y por eso su

plan primitivo fué de concordia y conciliación, a fin de producir menores daños y una vez constituídos en jefes de la Nación, realizar las reformas desde arriba, con la autoridad suficiente que garantizara la mejoría de las clases inferiores.

Como la guerra hubo de prolongarse y sus esperanzas se vieron fallidas, cambió de táctica y de procedimientos, cuando se dió cuenta de que era una guerra larga entre las clases privilegiadas y las clases oprimidas.

LA ELIMINACION DE FERNANDO VII

En 1812, al escribir desde Tehuacán el General Morelos algunos comentarios acerca de los elementos constitucionales compuestos por don Ignacio Rayón, dice, con aquella concisión característica en él, al referirse a la cláusula quinta, en la que Rayón declara que la soberanía dimana del pueblo y reside en la persona del señor don Fernando VII, que "la proposición del señor don Fernando VII es hipotética," lo cual demuestra que Morelos se había resuelto a no consecuentar más con el giro de defensa para los intereses de los Borbones que se le dió aparentemente a la primitiva insurrección, y meditaba ya formalmente en la emancipación y el establecimiento de un gobierno propio, con las facultades que más tarde expresó, para que se implantara el sistema más adecuado al pensamiento y al sentir de la Nación.

DECRETOS Y MANIFIESTOS DEL GENERALISIMO

La capacidad de Morelos como conductor de hombres y como Primer Jefe de un movimiento revolucionario, se nos impone con la lectura de las circulares, decretos y manifiestos que, con tal carácter, expidiera en distintas épocas de su actuación. Con la experiencia propia y el conocimiento directo del medio y las condiciones en que operaba, en cada ocasión en que se dirigía al pueblo o a sus generales, concretaba aspectos de su programa, que articulados entre sí, pueden formar un verdadero sistema político y una doctrina congruente. Documentos vigorosos, más elocuentes mientras más sencillos, trazados con una mano tan firme en el manejo de la espada como en el de la pluma. Desarrollaba a grandes ras-